



EL GUARDIAN DE MI HERMANO

RELECTURA DE GENESIS 4,16

Francisco López Rivera, S.J.

El episodio de Caín y Abel, releído desde nuestra situación histórica, nos ayuda a comprender bíblicamente lo que es la injusticia, el pecado social. La versión original de esta condensación fue publicada en CHRISTUS n.510 (1978).

INTRODUCCION.

Es obvio que este relato bíblico tiene mucho que decirnos a los latinoamericanos en la coyuntura presente. Se impone una relectura del relato, desde un continente en el que impera el pecado social, precisamente para reforzar la denuncia de esta situación y la oposición a ella. Esto es lo que pretendemos con el presente artículo.

En este relato, Caín es el personaje central. Se trata del pecado de Caín. Es cierto que, como en todos los relatos yavistas de los orígenes, junto al pecado, asoma de

alguna manera la esperanza de liberación. Pero el relato presente enfatiza el pecado. Por esta razón, la reflexión que ofrecemos se centra en Caín, en el pecado, en lo negativo. Sólo al final insinuamos algo sobre la esperanza de liberación.

El artículo empieza por algunas generalidades que permitan una mayor comprensión del relato. Pasa luego al análisis de los dos motivos narrativos del pasaje. Concluye con una reflexión de tipo moral.

GENERALIDADES.

Que en Gen.4,1-16 tenemos un "*relato de los orígenes*", es algo bastante claro. Es decir, se trata de explicar una situación actual del hombre -la lucha entre hermanos- a la luz de una experiencia primordial de la humanidad, de claro significado teológico. No se trata simplemente de explicar el origen de la diversificación posterior del trabajo, encarnada en la diversificación fundamental vigente en el período neolítico: agricultura y pastoreo. Ciertamente, esta división del trabajo parece tener su importancia en el relato. La intuición del yavista le hacer ver una dimensión teológica en ese proceso de la humanidad. En el c.2 se da al hombre el encargo dignificador del trabajo. En el c.4 ya se distribuyen los campos de trabajo. Westermann hace una observación que avalaría la actualidad del relato. "Fue Marx el primero en reconocer y en mostrar con todas sus consecuencias el que la división del trabajo está al principio de toda historia de la cultura, y que tiene una significación fundamental para el desarrollo de la humanidad."

Según el yavista, la división del trabajo es algo querido por Dios, es un paso en la evolución de la cultura. Pero resulta que esa división se da bajo el signo del pecado -esta captación es el *leit-motiv* de los relatos de los orígenes yavistas. Ahí está la lectura teológico-moral del hecho.

Si en Gén.2-3 se hablaba del "*pecado de los padres*",

aquí se habla del "pecado de los hermanos". Allá la interpelación de Dios va al hombre pecador en cuanto individuo (por más que su pecado sea en comunidad). La pregunta de Dios es "¿Dónde estás (Adán)?" (3,9). En cambio, en 4,9 la interpelación va al hombre en cuanto hermano, en cuanto miembro de una familia y de una sociedad. La pregunta de Dios es: "¿Dónde está Abel tu hermano?".

Aquí el hombre no se define solamente por el dominio sobre las cosas, o por la relación de amor con el otro sexo (según el punto de partida), sino también por su dimensión social, por su vínculo con los hermanos. En las anteriores relaciones surgía la tensión y el drama. De igual manera, la relación entre los hermanos queda bajo la amenaza de la rivalidad y el odio.

En el relato de Caín y Abel se muestran las limitaciones del hombre en su ser-hermano, en su ser-miembro-de-una-sociedad. Está llamado a ser social, pero lleva inherente una debilidad para serlo de veras. Más aún, paradójicamente es su situación de ser hermano, de ser ente social, la que lo pone en el trance de volverse contra su hermano. La misma cercanía del hermano es ocasión de que brote el espíritu de competencia, la envidia, lo cual lleva a la agresión. Por supuesto, la rivalidad aumenta si existen intereses en contraste, económicos o de otro tipo: "El hecho de que Caín sea agricultor y Abel pastor, es decir, que ejerzan los principales oficios de la antigüedad, y que personifiquen dos condiciones sociales frecuentemente opuestas entre sí, no carece de significado". (N. Negretti)

El relato está estructurado en torno a dos momentos dramáticos de primera importancia. La preparación del drama, centrada en el rechazo de la ofrenda de Caín con la reacción de éste (v.5), y el asesinato de Abel con la interpelación de Dios a Caín (vv.8-10). En torno a esos dos momentos va la reflexión del presente artículo.

RIVALIDAD.

En el v.5 culmina la preparación del drama. Surge una

rivalidad entre los hermanos, o mejor, surge la envidia de Caín. No es rivalidad, porque no es un sentimiento recíproco. Es Caín el que siente que Abel lo aventaja, y no puede tolerar eso. Esa intolerancia, nacida de la envidia, hace nacer la violencia en su corazón. Se incuba en él un sentimiento de agresividad. Es una agresividad injustificada, pues nada ha hecho Abel contra Caín. Es una clara injusticia. Nace del despecho.

Que es una injusticia, lo aclara el v.7. Dios hace ver a Caín que su sentimiento de agresividad y despecho no se justifica; entra en la categoría de pecado. A pesar de que la preferencia de Dios por Abel -la ventaja que lleva sobre Caín- no se explica queda claro que eso no justifica la reacción de Caín.

En qué consiste la preferencia, no queda claro. No se dice ahí que la intención al ofrecer las primicias fuera diferente en uno y otro. Más bien parece que se tratase de una preferencia libre de parte de Dios, preferencia que Caín considera arbitraria o injusta. En el contexto bíblico, la preferencia libre de Dios, sobre todo la preferencia por los que normalmente no serían preferidos por el hombre, es un tema frecuente. Jacob -que no era el primogénito- es preferido a Esaú; David - el más pequeño de sus hermanos- es preferido; lo mismo José, etc. De la misma manera, Israel, un pueblo pequeño, es preferido a otros, y recibe la misión de comunicar la revelación del Dios único. Este modo de actuar de Israel desconcierta siempre al que se consideraba objeto lógico de la preferencia. De ahí el desconcierto que provocará más tarde Jesús al preferir a los pobres. Este desconcierto aún perdura y provoca agresividad contra quienes proclaman esta preferencia de Jesús.

EL GUARDIAN DE MI HERMANO.

La agresividad injusta desata la violencia. Caín agrede violentamente a su hermano. Esta es la manera, tan injustificada como inútil, de calmar su despecho. Caín atenta contra la vida de su hermano. Se convierte en el primer homicida. Después provocará la reacción agresiva de quie-

nes lo encuentren (v.14). Caín ha sembrado violencia y violencia recogerá. "*Caín ha iniciado la violencia, ¿Quién podrá detenerla?*" (A.Schoekel). Es claro que Caín ha sido el propulsor de una cadena de violencia. El término sangre, en el v.10, está en plural (damim). Este plural se usa generalmente para indicar una efusión violenta de sangre.

Esta violencia arbitraria, gratuita, es plan de cada día en América Latina. La situación de opresión en que vive la mayor parte del pueblo, es una violencia gratuita y, para colmo de males, institucionalizada. Es una situación violenta que, como la violencia de Caín sobre Abel, llama nueva violencia. ¿Por qué se olvida tan fácilmente que el iniciador de la cadena es el responsable del resto de ella? El Caín que oprime al pueblo siembra violencia y eso cosechará: al menos la violencia de la denuncia y de la lucha social.

Dios no permanece indiferente ante la injusticia. Se hace presente e interpela al homicida. Hace ver que participa en la historia humana. Antes, en Gen.3, aparecía "*como 'el hombre'; en su ser-hombre no está solo, sino que hay alguien que pregunta por él ('¿Dónde estás, (Adán)?')*". (Westermann). Dios hace al hombre responsable de su hermano. No puede el hombre desentenderse de su hermano. La respuesta de Caín ('chiste blasfemo', lo llama Zimmerli) es una evasiva. Caín sí es guardián de su hermano, sí es responsable de él. Ciertamente lo es en este caso, porque él ha sido el autor de la muerte de Abel. El chiste blasfemo se sigue repitiendo, especialmente en América Latina: "¿Soy yo responsable de la suerte de tantos y tantos desposeídos?", se preguntan con afectada ignorancia los que determinan el curso de la vida de este pueblo oprimido.

Hay diversas maneras de dar muerte a Abel. Recordemos que la muerte no es algo contenido en un momento. Es un proceso, que culmina en un momento. Pero incluye toda una serie de momentos previos, una preparación, un encaminarse hacia allá. Se puede dar muerte a una persona poniéndola directamente en el momento último del proceso. Es lo que llamamos comúnmente *matar* a una persona. Pero también se le puede matar acelerando el proceso, poniéndola en las cir-

cunstances que normalmente conducen hacia la muerte. Se da muerte a una persona cuando se mata su alegría, su libertad, su capacidad de crecer como persona; cuando se la tiene en un nivel de vida infrahumano. Todas éstas son maneras de dar muerte al hermano. Así, se puede decir que se mata lentamente al pueblo, al mantenerlo oprimido. Por esa razón resulta una afectada evasiva la pregunta "¿Soy yo el responsable del pueblo oprimido?".

Se puede preguntar, además, si sólo es responsable uno de su hermano cuando es causa directa de su muerte, o si lo es siempre. ¿Era Caín responsable de su hermano por ser el homicida (Westermann), o por ser el "hermanomayor" (A.Schoekel), o simplemente por ser hermano?. En el presente relato, la responsabilidad de Caín está ligada directamente con el homicidio. Dios pregunta por Abel, para poner en evidencia al fratricida. No se niega que la responsabilidad sea más profunda y permanente. Pero tampoco se afirma. Sin embargo, en el conjunto de la Biblia hay muchos pasajes en los que se hace al hombre responsable de la suerte de sus hermanos, sin más. En el Deuteronomio, por ejemplo, cuando se habla del "año sabático" (c.15), aparece ésto claramente. Se afirma la existencia de una relación íntima entre cada israelita y los demás, especialmente los necesitados. Esto se enfatiza con un recurso gramatical y fonético. En el v.11, por ejemplo, se dice: "abre tu mano a tu hermano, a tu pobre y a tu indigente en tu tierra" (Hebr. "yadeka, aji ka, aniyeka, ebionka, arseka", cf. v.7). La condición de hermandad está a la base. No se puede uno desprender de ella y desentenderse del hermano, así sea un pobre o indigente -de los cuales es más normal desentenderse, pues de las personas importantes nadie se desentiende. El tu (hermano, pobre, etc.) del Deuteronomio no es tu de posesión, sino de una relación profundamente personal. No se habla ahí de "tus pobres" en el sentido en que a veces se ejerce una caridad paternalista hacia "mis pobres, nuestros pobres" (el rico caritativo tendría "sus pobres" para ejercitar con ellos la caridad).

Si damos un salto al Nuevo Testamento, esta convicción se hace definitiva y clara. Ahí Jesús responsabiliza al

hombre por su hermano, sin restricciones. En el capítulo 16 del Lc., se considera al rico responsable sin más de Lázaro el pobre. No aparece en la narración una acción directa del rico para despojar al pobre, y sin embargo aquel es cas tigado. ¿Por qué? Porque no tomó al pobre como su pobre. Se desentendió de él. Debiendo enterarse de su situación, no lo hizo, o habiéndola conocido, no se movió a tratar de remediarla. A nadie es lícito, pues, ser ignorante de la situación del necesitado, por negligencia o por afectación. En el c.25 de Mateo es también clara la responsabilidad por el hermano, sin más. El no acudir a la necesidad del hermano, sin más. El no acudir a la necesidad del hermano -sobre todo del más necesitado- es ya un pecado contra la fraternidad y contra Jesús, que se identifica con el hermano.

En la primera carta de Juan encontramos una de las tres menciones de Caín que se hacen en el Nuevo Testamento (Hebr. 11,4; 1 Jn.3,12; Jud.11). Estamos en la parte tercera de la carta: "Dios es Padre. Es hijo de Dios quien ama al prójimo" (Mateos). De 2,29 a 3,18 se trata de la práctica de la justicia (como efecto y signo de la filiación divina). De 2,29 a 3,10 se habla de la oposición justicia-pecado (hi jo de Dios-hijo del diablo). De 3,11 a 3,18 se habla del binomio justicia-amor al prójimo. En este contexto se menciona a Caín, que no amó a su hermano. Ahora bien, ¿en qué consiste amar al hermano? Consiste en "desprenderse de la vida por los hermanos" (como Jesús lo hizo por nosotros). De tal manera que "si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?" (v.17). El hombre es, pues, responsable de su hermano, especialmente el necesitado. Lo es sin más, simplemente por la condición de hermano. Nadie que tiene bienes de este mundo puede ver con indiferencia la carencias de sus hermanos. Y eso, aun cuando piense -con razón o sin ella- que él no tuvo parte directa en el surgimiento de dichas carencias. En América Latina hay muchos cristianos que creen poder desentenderse de las carencias del pueblo oprimido, porque piensan que ellos no han sido concausa de tal opresión. Pero aun prescindiendo de la enorme ingenuidad o mala voluntad que supone el no reconocerse concausa de la situación general, re-

sulta que ningún cristiano puede desentenderse de ella, repitiendo el "chiste blasfemo" de Caín.

Todo esto no implica el privar al otro de su propia responsabilidad. No se trata de asumir todas las responsabilidades ajenas. Habrá momentos y campos en que la responsabilidad sea totalmente de la otra persona. Pero eso no suprime la responsabilidad profunda y permanente del hermano por el hermano y por su situación. Frases como ésta: "Lo que te pasa a ti es tu problema, no mío", son una evasiva del tipo de la mencionada en 4,9. Ciertamente que en parte es verdadera, pero fácilmente se convierte en evasión que elude una responsabilidad real. Es absurdo decir a un pueblo oprimido como el de América Latina, "lo que te pasa es tu problema". En efecto, el problema es del pueblo, en cuanto que lo sufre, pero la responsabilidad es en gran medida del hermano que no ha sabido ser hermano, del hermano colectivo que ha creado y que sostiene unas estructuras injustas y opresoras.

Dios mismo es el que urge la responsabilidad por el hermano. Es el goel de sangre, el vengador del oprimido. Hace causa común con él, y confronta al opresor con su responsabilidad. El tema de Dios que hace suya la causa del oprimido pervade el Antiguo Testamento, como ya se sabe. Aquí (v.10) la sangre del oprimido grita hacia Dios. Grita por sí misma, por la injusticia del hecho mismo. Grita por la voz del oprimido. Grita por el profeta que presta su voz al que no la tiene y denuncia. Grita a Dios. Hay alguien, una instancia última y absoluta que reprueba la injusticia. Grita a Dios en la medida en que grita a los hombres sensibles como él -más aún, con sensibilidad recibida de él- a la injusticia y a la opresión. En los relatos de orígenes, como el presente, es Dios el que interviene directamente. En la historia interviene por la mediación de hombres, como se ve, por ejemplo, en 2 Sam.12 (David, Urías y Natán) y en 1 Re.21 (Jezabel, Nabot y Elías).

El paso de la evasiva a la mentira formal es casi automático. De hecho, Caín empieza con la mentira "¿Dónde está tu hermano?", "No sé" (v.9). Ya la evasiva encierra una mentira. Pero ésta se puede hacer más clara y definida.

Dice que no sabe dónde está su hermano, él que le ha dado muerte. La evasión de la responsabilidad tiene que llegar inevitablemente a afirmarse en la mentira. Ya no importa si hay o no hay responsabilidad respecto al hermano. Simplemente se niega lo evidente: "yo no tengo nada que ver con su suerte", aun cuando lo contrario resulte más claro que el agua. Así, los causantes de la opresión del pueblo tienen que llegar a la mentira formal, para sostener la evasión de la responsabilidad. "Lo que buscamos es solamente el bien del pueblo". "No buscamos nuestros propios intereses, sino los de todos". "Vivimos en estructuras democráticas, respetuosas de la libertad humana, de las libertades..." Y la mentira más cruel de todas: "El pueblo está así porque quiere. No prospera el que no trabaja. Hay oportunidades para todos".

La narración deja bien claro, en el v.7, que a la base de todo está la libertad humana. De donde nace la violencia es, en última instancia, del corazón. Es el hombre el que hace, por ejemplo, que la natural división del trabajo, caiga bajo el signo del pecado. Una realidad que debería expresar la riqueza de las capacidades humanas, y que es necesaria para ejercer adecuadamente el dominio sobre el mundo, de hecho se corrompe y resulta fuente de conflicto. Porque unos hombres manipulan la división del trabajo para su propio provecho. Este es el pecado que acecha siempre al hombre (robes: Posición de la fiera que se dispone al ataque). Lo acecha desde dentro. Dice el relato que el pecado "acecha a la puerta" a "la puerta del corazón" (K. Fruhstorier), a la entrada del propio santuario. La idea es de cercanía o, mejor, de intimidad. Hay que decirlo una vez más, la explicación última de las estructuras opresoras está en el corazón humano. Hay que luchar por un cambio de estructuras, sabiendo que las estructuras injustas son en el fondo un pecado social, cuya raíz está en el hombre.

Si a la base de todo está la libertad, cabe la posibilidad de una superación del pecado. Contra todo determinismo, afirma el Yavista que, "aunque (el pecado) viene por tí, tú puedes dominarlo" (en hebreo, prácticamente la misma expresión de 3,16b, con un sentido obviamente diverso). Es una afirmación de Dios, por lo cual él se hace garante de su

validez. Se cuenta con Dios para la superación del pecado que enfrenta a los hermanos. Aquí no se dice cómo; eso aparece en el conjunto de la Biblia. Si existe esa posibilidad, hay que hacerla operativa. Hay que sembrar la semilla de la solidaridad y responsabilidad por el hermano, y poner las condiciones adecuadas para que germine. Hay que propiciar una conversión del individualismo indiferente al hermano, a un ser hombre-para-los demás. Esto es ir a la raíz del mal.

El movimiento de Comunidades Cristianas de Base es una respuesta latinoamericana a este reto. Su existencia y crecimiento es un hecho afortunadamente irreversible. Las Comunidades van precisamente a propiciar en sus miembros el surgimiento de una nueva mentalidad, solidaria y responsable por el hermano. Son un ataque a la raíz del pecado social. Tratan de evitar que en el pueblo mismo se repita el esquema opresor-oprimido que impera en la sociedad global. Y, por supuesto, son también un sitio de concientización para la lucha contra toda la estructura opresora. Ya que parten de una experiencia de solidaridad y corresponsabilidad mutua, los miembros de las CCB están óptimamente preparados para llevar esa lucha con determinación y espíritu cristiano auténtico.

